

Y, además, ¿no sería enorme locura arriesgar y perder voluntariamente cuanto poseemos, esperando desquitarnos en la última partida? No es menor necesidad la de quien vive en pecado y espera que en el postrer instante de la vida lo remediará todo. «¿Puede el etíope mudar el color de su piel, o el leopardo sus manchas?» (Jer. 13 23). Pues tampoco podrá llevar vida virtuosa el que tiene perversos e inveterados hábitos, sino que al fin se entregará a la desesperación y acabará desastrosamente sus días (Prov. 28 14).

Comentando San Gregorio el texto de Job (16 15): «Me laceró con herida sobre herida; se arrojó sobre mí como gigante», dice: «Si alguno se ve asaltado por enemigos, aunque reciba una herida, puede quedarle aptitud para defenderse; pero si otra y más veces le hieren, va perdiendo las fuerzas, hasta que, finalmente, queda muerto». Así obra el pecado. En la primera y segunda vez deja alguna fuerza al pecador (siempre por medio de la gracia que le asiste); pero si continúa pecando, el pecado se conviene en gigante, mientras que el pecador, al contrario, cada vez más débil y con tantas heridas, no puede evitar la muerte.

Compara Jeremías el pecado con una gran piedra que oprime al alma (Lam. 33 53); y San Bernardo añade: «Tan difícil es que se convierta quien tiene hábito de pecar, como difícil es al hombre sepultado bajo rocas ingentes y falto de fuerzas para moverlas, el verse libre del peso que le abrumba».

¿Estoy, pues, condenado y sin esperanza?... preguntará tal vez alguno de estos infelices pecadores. No, todavía no, si de veras quieres enmendarte. Pero males gravísimos requieren heroicos remedios. Cuando un enfermo se halla en peligro de muerte y no quiere tomar medicamentos, porque ignora la gravedad del mal, el médico le dice que, si no usa el remedio que se le ordena, morirá irremediamente. ¿Qué replicará el enfermo? «Dispuesto me hallo a obedecer en todo... ¡Se trata de la vida!». Pues lo mismo, hermano mío, has de hacer tú. Si incurres habitualmente en cualquier pecado, «enfermo estás, y de aquel mal que –como dice Santo Tomás de Villanueva– rara vez se cura». En gran peligro te encuentras de condenarte. Sin embargo, si quieres sanar, he aquí el remedio: no esperes un milagro de la gracia, sino esfuérzate resueltamente en dejar las ocasiones peligrosas, huir de las malas compañías y resistir a las tentaciones, encomendándote a Dios.

Acude a esos medios: la confesión frecuente, la lectura espiritual diaria y la devoción a la Virgen Santísima, rogándole continuamente que te alcance fuerzas para no recaer. Es necesario que te domines y hagas violencia. De lo contrario, te alcanzará la amenaza del Señor: «Moriréis en vuestro pecado» (Jn. 8 21). Y si no pones remedio ahora, cuando Dios te ilumina, difícilmente podrás remediarlo más tarde. Escucha al Señor, que te dice como a Lázaro: «Sal afuera» (Jn. 11 43). ¡Pobre pecador ya muerto! Sal del sepulcro de tu mala vida. Responde presto y entrégate a Dios, y teme que no sea éste su último llamamiento.

Meditando con San Alfonso Los malos hábitos

Una de las mayores desventuras que nos acarreó la culpa de Adán es nuestra propensión al pecado. «Veo otra ley en mis miembros –se lamentaba el Apóstol– que me lleva cautivo a la ley del pecado» (Rom. 7 23). De aquí viene que a nosotros, infectos de tal concupiscencia y rodeados de tantos enemigos que nos mueven al mal, sea difícil llegar sin culpa a la gloria.

Reconocida esta nuestra fragilidad, pregunto yo ahora: ¿Qué diríais de un viajero que, debiendo atravesar el mar durante una tempestad espantosa y en un barco medio deshecho, quisiera cargarle con tal peso, que, aun sin tempestades y aunque la nave fuese fortísima, bastaría para sumergirla?... Pues pensad eso mismo del hombre de malos hábitos y costumbres, que ha de cruzar el mar tempestuoso de esta vida, en que tantos se pierden, y ha de usar de frágil y ruinosa nave, como es nuestro cuerpo, a que el alma va unida. ¿Qué ha de suceder si la cargamos todavía con el peso irresistible de los pecados habituales?

Difícil es que tales pecadores se salven, porque los malos hábitos ciegan el espíritu, endurecen el corazón y ocasionan probablemente la obstinación completa en la hora de la muerte.

1º Los malos hábitos ciegan la inteligencia.

Primeramente, el mal hábito nos ciega. ¿Por qué los Santos pidieron siempre a Dios que los iluminara, y temían convertirse en los más abominables pecadores del mundo? Porque sabían que, si perdían la divina luz, podrían cometer horrendas culpas. ¿Y cómo tantos cristianos viven obstinadamente en pecado, hasta que sin remedio se condenan? Porque el pecado los ciega, y por eso se pierden (Sab. 2 21). Cada culpa lleva consigo ceguera, y acrecentándose los pecados, se aumenta la ceguera del pecador. Dios es nuestra luz, y cuanto más se aleja el alma de Dios, tanto más ciega queda.

Así como en un vaso lleno de tierra no puede entrar la luz del sol, así no puede penetrar la luz divina en un corazón lleno de vicios. Por eso vemos con frecuencia que ciertos pecadores andan de pecado en pecado, y no piensan siquiera en corregirse. Caídos esos infelices en oscura fosa, sólo saben cometer pecados y hablar de pecados; no piensan más que en pecar, y apenas conocen cuán grave mal es el pecado. «La misma costumbre de pecar –dice San Agustín– no deja ver al pecador el

mal que hace». De suerte que viven como si no creyesen que existe Dios, la gloria, el infierno y la eternidad.

Y acaece que aquel pecado que al principio causaba horror, por efecto del mal hábito no horroriza luego. «*Ponlos como rueda y como paja delante del viento*» (Sal. 82 14). Ved con qué facilidad se mueve una paja por cualquier suave brisa; así también veremos a muchos que antes de caer resistían y combatían contra las tentaciones; mas luego, contraído el mal hábito, caen al instante en cualquier tentación, en toda ocasión de pecar que se les ofrece. ¿Y por qué? Porque el mal hábito los privó de la luz.

Dice San Anselmo que el demonio procede con ciertos pecadores como el que tiene un pajarillo aprisionado con una cinta; lo deja volar, pero cuando quiere lo derriba otra vez en tierra. Tales son los que el mal hábito domina. «Y algunos –añade San Bernardino de Sena– pecan sin que la ocasión les solicite», siendo semejantes a los molinos de viento, que cualquier aire los hace girar, y siguen dando vueltas, aunque no haya grano que moler, y aun a veces cuando el molinero no quisiera que se moviesen. «Estos pecadores –observa San Juan Crisóstomo– van forjando malos pensamientos sin ocasión, sin placer, casi contra su voluntad, tiranizados por la fuerza de la mala costumbre». Porque, como dice San Agustín, «el mal hábito se convierte luego en necesidad»; y «la costumbre –según nota San Bernardo– se transforma en naturaleza».

«*El impío, después de llegar a lo profundo de los pecados, no hace caso*» (Prov. 18 3). San Juan Crisóstomo explica estas palabras refiriéndolas al pecador obstinado en los malos hábitos, que, hundido en aquella sima tenebrosa, desprecia la corrección, los sermones, las censuras, el infierno y hasta a Dios: lo menosprecia todo, y se hace semejante al buitre voraz, que por no dejar el cadáver en que se ceba, prefiere que los cazadores le maten.

Refiere el Padre Recúpito que un condenado a muerte, yendo hacia la horca, alzó los ojos y, mirando a una joven, consintió en un mal pensamiento. Y el Padre Gisolfo cuenta que un blasfemo, también condenado a muerte, profirió una blasfemia en el mismo instante en que el verdugo lo arrojaba de la escalera para ahorcarle.

Con razón, pues, nos dice San Bernardo, que «*de nada suele servir el rogar por los pecadores de costumbre, sino que más bien es menester compadecerlos como a condenados*». ¿Querrán salir del precipicio en que están, si no le miran ni le ven? Se necesitaría un milagro de la gracia. Abrirán los ojos en el infierno, cuando el conocimiento de su desdicha sólo haya de servirles para llorar más amargamente su locura.

2º Los malos hábitos endurecen el corazón.

Además, los malos hábitos *endurecen el corazón*, permitiéndolo Dios justamente como castigo de la resistencia que se opone a sus llamamientos. Dice el Apóstol que el Señor «*tiene misericordia de quien quiere, y al que quiere, endurece*» (Rom. 9 18). San Agustín explica este texto, diciendo que Dios no endurece de modo inmediato el corazón del que peca habitualmente, sino que le priva de la gracia como pena de la ingratitud y obstinación con que rechazó la

que antes le había concedido; y en tal estado el corazón del pecador se endurece como si fuera de piedra. «*Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador*» (Job 41 15).

De este modo sucede que mientras unos se enternecen y lloran al oír predicar el rigor del juicio divino, las penas de los condenados o la Pasión de Cristo, los pecadores de ese linaje ni siquiera se conmueven. Hablan y oyen hablar de ello con indiferencia, como si se tratara de cosas que no les importan ni conciernen; y con este golpear de la mala costumbre, la conciencia se endurece cada vez más.

Así que ni las muertes repentinas, ni los terremotos, truenos y rayos, lograrán atemorizarlos y hacerles volver en sí, antes bien, les conciliarán el sueño de la muerte, en que perdidos reposan. El mal hábito destruye poco a poco los remordimientos de conciencia, de tal modo que, a los que habitualmente pecan, los más enormes pecados les parecen nada. «Pierden pecando –dice San Jerónimo– hasta ese cierto rubor que el pecado lleva naturalmente consigo».

San Pedro los compara al cerdo que se revuelca en el fango (II Ped. 2 22); pues así como este inmundo animal no percibe el hedor del cieno en que se revuelve, así aquellos pecadores son los únicos que no conocen la hediondez de sus culpas, que todos los demás hombres perciben y aborrecen. Y puesto que el fango les quitó hasta la facultad de ver, «¿qué maravilla es –dice San Bernardino– que no vuelvan en sí, ni aun cuando los azota la mano de Dios?». De ahí viene que, en vez de entristecerse por sus pecados, se regocijan, se ríen y alardean de ellos (Prov. 2 14).

«*¿Qué significan estas señales de tan diabólica dureza? –pregunta Santo Tomás de Villanueva–. Señales son todas de eterna condenación*». Teme, pues, hermano mío, que no te acaezca lo mismo. Si tienes alguna mala costumbre, procura librarte de ella ahora que Dios te llama. Y mientras te remuerda la conciencia, alégrate, porque es indicio de que Dios no te ha abandonado todavía. Pero enmiéndate y sal presto de ese estado, porque si no lo haces, la llaga se gangrenará y te verás perdido.

3º Los malos hábitos conducen a la impenitencia final.

Perdida la luz que nos guía, y endurecido el corazón, ¿qué mucho que el pecador tenga mal fin y *muera obstinado* en sus culpas? (Ecl. 3 27). Los justos andan por el camino recto (Is. 26 7), y, al contrario, los que pecan habitualmente caminan siempre por extraviados senderos. Si se apartan del pecado por un poco de tiempo, vuelven presto a recaer; por lo cual San Bernardo les anuncia la condenación.

Tal vez alguno de ellos quiera enmendarse antes que le llegue la muerte. Pero en eso se cifra precisamente la dificultad: en que el habituado al pecado se enmiende aun cuando llegue a la vejez. «*El mozo, según tomó su camino –dice el Espíritu Santo–, aun cuando se envejeciere, no se apartará de él*» (Prov. 22 6). Y la razón de esto –dice Santo Tomás de Villanueva– consiste en que «*nuestras fuerzas son harto débiles, y por tanto el alma, privada de la gracia, no puede permanecer sin cometer nuevos pecados*».